

de policía, y sin dejar nunca de pasar por delante del Louvre para saludar al jefe del Estado, ya sea emperador ó rey, ó cónsul ó presidente. El buey gordo no es de ningún partido, no tiene opinión política: acepta todas las formas de gobierno y bajo todas engorda, semejante en esto á muchos hombres de su país y del mio.

Salvo este episodio, el martes como los demás días de carnaval no se diferencia aquí de los nuestros sino en el mas ó el menos de la broma y las diversiones. Estas son muchas, muy bulliciosas, poco modestas, por no decir otra cosa; pero se me figura que ya no son lo que eran allá en mis tiempos de estudiante (1830-1834!) y que, aquí como en Madrid, las máscaras van de capa caída... ¿Será tal vez esta creencia mia efecto de que entonces cultivaba yo á fondo esta materia y ahora no la conozco mas que en teoría? al ponderar lo pasado á expensas de lo presente, ¿seré sin conocerlo el *laudator temporis acti* de Horacio? La verdad es que en aquel tiempo habia aquí en todas las clases un verdadero furor, que hoy no veo, por los bailes y los disfraces de carnaval—, y que las bacanales de la Grande Opera y la famosa *descente de la Courtille* con sus grotescos accidentes que alborotaban á todo París, han pasado... para mí á lo menos, y segun oigo decir, para todos tambien: ya no son mas que una sombra de lo que fueron. Por lo demás, entonces como ahora, la inmensa extension de los *boulevards* era á todas horas, durante los cuatro días referidos,—y volvía y vuelve á serlo en el día de la *mi-careme*, á mitad de la cuaresma,—teatro vistosísimo de comparsas á caballo, que se cruzan con infinidad de carruages descubiertos llenos de máscaras, entre un diluvio de peatones, unos con disfraz, otros sin él, muchos con unas enormes narices de carton. A ciertas horas, cuesta mucho trabajo atravesar de una á otra calle de árboles laterales en todo el espacio que media desde la Magdalena hasta el antiguo solar de la Bastilla, donde se alza la columna de julio con su *Génio de la Libertad* por remate que no parece sino que está haciendo burla al moderno París imperial. Los disfraces mas comunes aquí entre la gente del bronce son los de *débardeur*, *postillon* y *titi*, populares todos y todos epiceños;—quiero decir, que aunque de carácter masculino, sirven para los dos géneros indistintamente, y aun añadiré que el primero y el último son todavía mas usados por las mugeres que por los hombres, y que á las que son de suyo lindas, ágiles y un tanto cuanto desvergonzadas les caen admirablemente. Otro disfraz muy comun entre las jóvenes del pueblo, únicas que se disfrazan por las calles, es el de *cantiniere*. Los hombres adoptan, por lo general, á mas de los tres disfraces arriba dichos, los de *pierrot*, *arlequin*, *purchinela* y *jocrisse*. Estos son, con los de algunas provincias, especialmente el de las *cauchoises*, notable por su extravagante cofia tamaño como una gorra granadera, los trages peculiares y por decirlo así, *característicos* del carnaval parisiense; luego vienen otros cien disfraces mas ó menos parecidos á los que se usan en nuestro país,—algunos *moritos*, no pocos *majos*, y por último las infinitas variedades híbridas, improvisadas por el genio de la locura dominante en tales días. A los que conocen las deliciosas caricaturas de Gavarni tituladas el *Carnaval de París*, nada tengo que decirles de aquellos tipos prodigiosos, fantásticos, desesperacion de la policía, que suelen bailar el *cancan* y la *tulipe orageuse* en Mabilie, en el Prado, en el *Chateau-des-fleurs*,

SEGUNDA SERIE.—1859

tales como los *Chicard*, los *Nini-Moulin*, las *Rosa-Pompon*, etc., etc. A los que no las conocen, seria absolutamente imposible darles una idea clara de tan absurdas enormidades.

## XIV.

Paris, 28 de febrero de 1856.

Con la *mi-careme*, que este año ha caído en el día de hoy 28, coincide la fiesta popular llamada *de las Lavanderas*, que hoy por primera vez he visto celebrar con toda su pompa tradicional, gracias al hermoso tiempo que nos favorece, cosa aquí rarísima en esta época del año y en todas.

A pesar de la extincion oficial de los antiguos gremios (*corps-des-metiers*), las costumbres, muy superiores á las leyes, han conservado algo de la antigua organizacion que durante muchos siglos, tuvieron aquí como en todos los países de Europa, los varios oficios, las diferentes clases de la sociedad; y estoy por decir que estos vestigios de lo pasado son aquí mas visibles que en parte alguna, por efecto del extraordinario apego de los franceses á sus tradiciones, á sus rutinas. ¡Cosa singular! este pueblo que pasa por tan voltario, y que lo es sin duda, conserva no obstante con religiosa veneracion, al través de los grandes sacudimientos con que se ha conmovido á sí mismo y ha conmovido al mundo, ideas y ceremonias que datan de la edad media y recuerdan y casi resucitan en medio de la actual civilizacion un orden de cosas completamente abolido hace muchos años. Tales son, entre otras, la ya citada *Fiesta de las Lavanderas*; tal la organizacion en cuerpo de las llamadas *Dames de la Halle*, que todavía son aquí una potencia. Esas *Damas* son las que tienen puesto fijo en el gran mercado (*la Halle*): las hay riquísimas, y que llevan nombres célebres ya en el comercio de comestibles hace tres siglos. Como gremio han figurado mucho en la historia de París, señaladamente durante las revueltas de la *Liga* y en los sangrientos días de la primera revolucion. Por lo que hace á la *Fiesta de las Lavanderas*, la cual se celebra con bailes y festines á la orilla del Sena entre las islas de la Cité y de San Luis, solo diré que se parece á la procesion del buey gordo en que ostenta tambien su gran carro triunfal, lleno de divinidades paganas, y se diferencia de ella en que una parte de las danzas que la hermosean se celebra en unas barcas elegantemente empavesadas junto al antiguo puente de la Tournelle. Esto es de rigor, segun informes que he recogido entre los indígenas de estos barrios extrañados.

Porque es de advertir que en tantos años como llevo de residir aquí en varias épocas y en muy distintas situaciones, yo no tenia la menor idea de semejante fiesta, y estoy seguro de que muchísimos parisienses no la conocen. Esta ciudad es tan grande, que de extremo á extremo las ideas, los intereses y hasta las costumbres de sus moradores ofrecen diferencias muy notables á los ojos del observador. Por una casualidad he tropezado con esta fiesta al entrar en la isla de San Luis, con objeto de hacer una visita á la jóven y bella princesa Czartoriska, hija de S. M. la reina Madre, en su histórico *hotel Lambert* que, sea dicho de paso, es una de las mil curiosidades de este París, donde no se puede

AÑO XVII 42.



andar media hora por las calles sin encontrarse alguna, cuando menos se piensa. Visto por fuera, el *hotel Lambert*, situado en una de las estremidades de la larga y solitaria calle de *San Luis* que cruza la isla de punta á punta, no tiene nada de particular, ó por mejor decir, no es posible verle por fuera, pues es de los situados, como aquí se dice, *entre cour et jardin* (entre el patio y el jardín); pero á mas de su elegante fachada, ofrece en su interior una multitud de riquezas artísticas que pocos extranjeros conocen, con excepcion de los polacos, por la circunstancia de habitar aquel palacio hace muchos años la noble familia de *Czarlowski*, verdadera providencia y paño de lágrimas de los proscritos de aquella nacion. Obra del arquitecto *Levan*, á quien se deben los pabellones de *Flora* y de *Marsan* en el palacio de las *Tullerías*, conserva varios frescos de *Lebrun* y de *Lesueur*, célebres pintores del siglo de *Luis XIV*, en especial el segundo, que comparte con el *Pusino* la gloria de que le denominen sus paisanos el *Rafael francés*.

Otro *hôtel* célebre de la misma época, y que debe visitar todo forastero amigo de las artes y las letras, es el llamado *Carnavalet*, situado á pocos pasos de la *Plaza Real* en la esquina de la calle *Coulure Sainte Catherine*. A su bella construcción reúne la circunstancia de haberlo habitado la célebre marquesa de *Seigné*, de quien dicen los franceses, y nadie debe saberlo mejor que ellos, que aventaja á todos sus escritores en el arte de bien decir. «Creadora del mas puro lenguaje francés» la llama *Julio Janin*. Asi como nosotros decimos la lengua de *Cervantes* hablando de la nuestra, dicen ellos hablando de la suya la *lengua de Mad. de Seigné*. Prescindiendo del mérito de la dicción, de que los extranjeros no somos jueces competentes, confieso que las *Cartas* de aquella señora, única produccion suya que se conoce, me parecen, en cuanto al fondo de las ideas, algo inferiores á su fama. Como modelos del género epistolar, prefiero con mucho las de *Santa Teresa de Jesus*, y mas aun las de *Antonio Perez*.

## XV.

Aprovechando el hermoso tiempo que hoy se disfruta, cosa rara en esta ciudad de las lluvias y de los lodos, á que debió ya en tiempo de los romanos su nombre de *Lutecia*, he regresado á mi casa á pie, *flanant* por los muelles. *Flaner* es un vocablo eminentemente parisiense que no tiene traducción exacta al castellano, por lo que algunos audaces innovadores han adoptado para expresarle el neologismo *flanear*, y me alegraré de que lleguen á darle carta de naturaleza, como la han obtenido, á despecho de los puristas, tantos otros que no conocieron fray *Luis de Granada* ni *Cervantes*.—Pocos placeres conozco, en lo lícito, mayores que el de *flaner*, lo cual no significa *callejear*, como dicen los diccionarios, ni *andar despacio*, ni *perder el tiempo*, ni *ir pensando en las musarañas*. Es una idea compleja, en que entra un poco de cada una de esas cosas, y de otras muchas mas, pero en que domina siempre la condicion de *ir observando*, *reflexionando* mucho, aunque no tanto que llegue á cansar. El *flaneur* no va embobado, ni distraído, sino por el contrario muy despierto, muy ocupado en *flanear*. Nada escapa á sus observaciones, porque las va haciendo sin prisa, con la cabeza muy despejada. Solo así, —á lo menos, de ningún modo tanto como así,—es delicio-

so y útil un paseo por los muelles, verbi-gracia, donde hay tanto que observar, ya en el rio, ya en ambas riberas. Entre otras cosas, puede uno tener el gusto de ir manoseando, hojeando y regateando durante horas infinidad de libros viejos, gran placer para los aficionados!... De ellos (quiero decir, de libros viejos y tambien de aficionados), están cubiertos los parapetos de los muelles; allí se ven en grandes cajas cuadradas con un rótulo que indica el precio general de los contenidos en cada una, siguiendo toda la orilla izquierda del Sena desde los últimos puentes de la *Cité* hasta el *Real*, que hace frente al jardín de las *Tullerías*, y en que remata el muelle *Voltaire*, todo lleno de librerías, estamperías y tiendas de las llamadas de *bric á brac*, especies de prenderías, pero en que solo se ven objetos raros de artes y ciencias, un verdadero *pandemonium*! *Balzac* describe una admirablemente en su *Peau de Chagrin* (la Piel de zapa), y conocida aquella descripción, conocidas todas las tiendas de *bric á brac*. Los libros viejos se llaman aquí *bouquins*, y *bouquinistes* los que los venden, de donde se ha formado el verbo *bouquiner*, que vale tanto como recorrer esa clase de baratillos, á caza de gangas. Estas se encuentran á cada paso; esaquí tan prodigiosa la abundancia de bibliotecas particulares, se imprime tanto, son tan frecuentes las ventas y cambios de libros, y afluyen tan copiosamente de todos los puntos del globo los productos de la librería, que el que no encuentre por poquísimo dinero entre los *bouquinistes* lo que desea en punto á *bouquins*, de seguro es porque no sabe buscar. En último apuro, queda el recurso de acudir á *Mr. Janet*, de la *Rue des Bons enfants*, núm. 28, ó á los hermanos *Dauvin* y *Fontaine*, del pasaje de los *Panoramas*, y si se trata de alguna preciosidad mas rara, al célebre *Mr. Techener*, de la *Rue de l'Arbre Sec*, núm. 52.—A las inmediaciones del palacio del Instituto, frente al puente de las Artes, el comercio de libros viejos se convierte en comercio de estampas viejas, y en este ramo encuentran tambien allí los aficionados cosas muy buenas á precios ínfimos.—Diez suses (unos dos reales) me ha costado hoy un ejemplar completo en castellano, regularmente conservado, de las obras de nuestro *Cristóbal de Mesa*, (Madrid. 1618), traductor excelente de las *Eglogas* y las *Geórgicas* de *Virgilio*. Para que nadie la menosprecie, no quiero decir lo que me ha costado una bella estampa de *Edelinck* que hoy he adquirido tambien durante mi larga y fecunda *flanerie* á lo largo de los muelles...

Los que rodean á la isla de *San Luis* son muy solitarios, pero desde ellos se disfruta una vista encantadora. En frente, la montaña de *Santa Genoveva*, coronada por la enorme mole del *Panteon*: á un lado las torres cuadradas de la catedral, y la sutil aguja, recién dorada, de la *Santa Capilla*; á lo lejos las densas arboledas del *Jardin de Plantes* (jardin botánico y zoológico, que forma uno de los mas deliciosos paseos de París). Bajando por el muelle de *Orleans*, he cruzado la *Cité*, no sin echar al paso una mirada (mala costumbre mia, siempre que paso por allí), al lúgubre edificio de la *Morgue*, lugar maldito donde recoge la policía los cadáveres desconocidos que se encuentran en las calles ó arrastra la corriente del Sena hasta la especie de presa llamada *les filets* (las redes) de *Saint Cloud*. Desde que saliendo de la *Cité* se entra en el muelle de los *Agustinos* por el ya viejísimo Puente Nuevo, decorado con la estatua ecuestre de *Enrique IV*, —el mas popular de los reyes



de Francia, cuyo mayor afán era que nunca faltase á toda familia francesa una gallina en el puchero,—empieza á desarrollarse, sin interrupción, á ambos lados del río, el mas variado panorama. En él descuellan sucesivamente el Palacio de Justicia, cuya imponente gravedad templada y perfuma el inmediato *Mercado de las Flores*,—la Casa de la Moneda, el Tribunal de Cuentas, el Louvre, el Palacio Borbon, las Tullerías; panorama que á veces, cuando el cielo esta sereno, como hoy, ve uno reflejarse *volcado* (techo abajo y base arriba) en las turbias aguas del Sena.

EUGENIO DE OCHOA.

(Se continuará).

CAVERNA DE ADELSBERG. (Alemania).—Hace mucho tiempo que se descubrió en los Estados austriacos vastas cavernas cuyas bóvedas se hallan elevadas á diferentes alturas y se ven á la claridad de las antorchas. En las aguas que se encuentran en aquellos subterráneos, vive un pescado pequeño que tiene horror á la luz. Su color se parece al de la piel del cuerpo humano y tiene pulmones.

ARBOL DEL PAN.—Este árbol es de la altura de un manzano, da una fruta redonda, cuya corteza es muy espesa. Se le cuece en el horno, cae la corteza y deja descubierta una sustancia tierna y blanca como la miga del pan.

## EL CASTILLO DE ATIENZA Y DE PALAZUELOS.

(Continuación).

El conde y Rodrigo no pudieron contener las lágrimas; veían disiparse en un momento todas las esperanzas, no tenían remedio alguno en lo humano.

El halconero García los observaba arqueando las cejas.

—¿Por qué llorais, señor de Palazuelos? preguntó con una amarga ironía, ¿por qué ese dolor cuando el mas terrible enemigo de Castilla acaba de sucumbir sin combatir, cuando dentro de poco tendrá que perder la vida y pagar sus continuas y perpétuas traiciones? Que llore esta joven señora, nada tiene de extraño; es además sobrina de ese infante que tan caro ha costado á Castilla y que hace mas de quince años está ocasionando todas las desgracias. ¿No sois el descendiente de Alvaro de Palazuelos, el servidor y el amigo del rey San Fernando? ¿No sois el nieto del valeroso conde de Palazuelos que murió en el cerco de Gibraltar auxiliando al rey don Alfonso XI? ¿No sois el hijo de Palazuelos que pereció de un golpe de hacha destinado al rey don Pedro I de Castilla, cuando arrojado de su reino y refugiado en Bayona tuvo que volver á reconquistar su reino

auxiliado por el príncipe Negro, y batió en Bribiesca á su rival el bastardo don Enrique? ¿No ha sido siempre vuestra familia el mas firme sosten del trono de Castilla? ¿De quién habeis recibido este castillo en dónde estoy? ¿Cuáles son los enemigos que os sitian? ¿Cuál es el rey de quien temeis tanto la cólera? ¿Vergüenza y desgracia sobre vos, conde de Palazuelos! Esos enemigos son castellanos; ese rey es vuestro soberano, don Juan II; rey de Castilla y de Leon. Os habeis vendido por una muger... y Dios vá á castigar con una muerte ignominiosa la traición á vuestro rey, á vuestra patria y á vuestros juramentos.

—¡Plebeyo insolente! exclamó el conde levantándose furioso.

Rodrigo echó mano á la daga.

—Si os atreveis á proferir semejantes villanías, exclamó dando un rugido, os declaro que cerraré vuestra boca con mi puñal.

El halconero no respondió á aquella amenaza sino con una desdeñosa sonrisa. El viejo conde le dijo impetuosamente:

—¿Quién sois para hablarme de esa manera? ¿Debemos ver en vos, como aseguran, el alma de mi abuelo don Alvaro, ó bien un demonio evocado del abismo por una inconsiderada blasfemia que se escapó de mi boca, ó simplemente un mal aconsejado servidor que pretende dar lecciones á su amo y señor?

—Lo que soy en efecto, señor conde, voy á decirlo: soy el honor de vuestra familia; vengo á defender este nombre que habeis recibido ilustre y puro de vuestros antepasados y que debéis transmitir ilustre y puro á vuestros descendientes; un gran nombre es un depósito precioso que debe guardar cuidadosamente cada generacion. Vuestro hijo y vos habeis faltado á este deber: vengo á proteger el tesoro que el cielo en su justa cólera ha dejado caer en vuestras culpables manos.

Reinó el silencio en la estancia; pero el conde dijo con tono feroz:

—Si hay brujerías y encantos capaces de desarmar á un rey irritado y sacarnos de las circunstancias difíciles en que nos vemos metidos, tiempo es de emplearlas..... Apenas bastaría para eso un poder sobrenatural.

—Yo no tengo mas que el poder de un hombre, replicó García con un profundo suspiro; pero si estais penetrado del sentimiento de vuestras culpas y dispuesto á los mas penosos sacrificios, tal vez conseguiremos salir de este estrecho lance salvando el honor de los Palazuelos, que es lo que mas importa.

—Y con menos palabras. ¿Qué hay que hacer para eso?

—No hay mas que dos caminos rectos, señor conde; la guerra que sosteneis contra vuestro soberano es injusta y sacrilega: es preciso ante todo que rindais las armas; después trataremos de vencer la justa cólera del rey.

Soltó el conde una carcajada.

—¡Por Santiago! exclamó, vaya un plan bien concertado... Yo te tenia hasta aquí por algo mas que un hombre, pero ni aun tienes la vulgar prudencia de un vasallo! ¿Ignoras que mi hijo y yo, después de habernos rendido, y habernos humillado bajamente cual lo pides no seríamos menos degradados y condenados á muerte por vuestro magnánimo don Juan II?

—Cumplid vuestro deber, señor, y dejad lo demas en



manos de Dios, dijo el halconero con tono severo. Sin embargo, ya que no comprendéis el lenguaje del deber, os hablaré de la política humana..... El rey está impaciente por dejar este castillo porque grandes intereses le llaman al centro de Castilla y porque quiere llevar también sus armas á combatir los moros de Granada; empero no partirá de aquí sin haber sometido antes esta fortaleza rebelde. Si pudiérais enviarle un mensajero con plenos poderes, tengo certeza de que obtendríais de él importantes concesiones.

—¡Ah! ¿En esas estamos? Yo te creía mejor informado de las dificultades y de los peligros de mi posición. ¿No sabes que ese maldito don Alvaro de Luna no dejaría llegar mi mensaje al rey?

—Yo podría salir del castillo por una salida secreta ignorada de todos, hasta de vos mismo, y penetrar en el monasterio de la Santa Espina sin que nadie pensase de tenerme.

—¿Una salida secreta conocida de tí? dijo el conde con burlona sonrisa; ya comienzo á ver claro en todas estas brujerías y encantamientos que me habian engañado al pronto..... Pero veamos ¿qué condiciones me aconsejais proponer?

—Vuestro lenguaje debe ser humilde, modestas vuestras pretensiones, cual conviene á rebeldes y vencidos..... El castillo con todo cuanto contiene se rendiría á discreción suplicando en cambio al rey perdonase la vida á la guarnición y á los señores de Palazuelos la pena de degradación en que han incurrido por su traición.

—Hablad con mas mesura, halconero, ó vive Dios que aunque fuérais el arcángel San Gabriel en persona..... Así, pues, prosiguió el castellano reprimiéndose con esfuerzo, me he de resignar á la pérdida de mis dominios para que don Juan II los distribuya á sus favoritos, para que haga arrasar este castillo, y en compensación de todo no he de obtener mas que el verdugo no rompa el escudo de mi familia!.... Está muy bien; pero no me dices lo que haría de Rodrigo y de mí el rey: ¿nos asegurais la vida?

—Vuestra vida pertenece al rey; empero moriríais con vuestras cadenas de oro y vuestras espuelas, y esto sino llegabais á encontrar los medios de huir.

—¿Y esos medios puedes proporcionarlos tú.

—Tal vez con el permiso de Dios.

—Sin embargo, nada afirmas; mil gracias! me basta. ¿Qué pensais de esto, Rodrigo?

—¡Por vida de Santiago! exclamó el joven y fogoso caballero. ¡Estoy asombrado de vuestra paciencia! Este vasallo ha perdido el juicio y nos cree tan degradados que podemos someternos á semejantes indignidades. Por mi parte, padre mio, salvo el respeto que os debo, prefiero mil veces abrir la poterna y cargar á los enemigos hasta que caigamos agobiados por el número.

Doña Sol le echó los brazos al cuello.

—No digais eso, mi querido señor exclamó; ¿qué sería de mí si os perdiese al verme sola en el mundo? Por Dios, no rechaceis ligeramente los consejos de ese hombre, aunque yo no sé que es lo que tiene de incomprensible. Dice verdad; tiene demasiada razón..... Yo soy la primera causa de los terribles males que van á caer sobre vosotros.

Rodrigo intentó calmarla con dulces palabras, mientras que el conde decía con ironía:

—Silencio, silencio, señora, este García está desatina-

do á pesar de su voz profética y ya sé el caso que debe hacerse de sus palabras..... Pero vos, padre Benito, continuó dirigiéndose al capellan, ¿qué pensais de las proposiciones de este gentil halconero?

—Señor, respondió con timidez el monge; siempre he desaprobado, os acordareis, vuestra desgraciada rebelión y os he aconsejado implorar la clemencia.

—¡Callad, fraile imbécil! interrumpió el conde; no quiero oír mas charla impertinente; no sufriré por mas tiempo que me desafien en esta buena fortaleza de que soy el señor y dueño. ¿Creen que me he vuelto loco para oír semejantes necedades? ¡Por los cuernos de Belcebú! que mientras quede en pie un torreón de este castillo, y un hombre de armas para defenderle, no me resignaré á semejantes bajezas. No hay que volver á hablar mas de esto ¡vive Dios! ó vereis de lo que soy capaz.

Y al mismo tiempo dió una patada violenta en el suelo. El eco de su voz irritada intimidó al mismo Rodrigo. Solo García conservó su intrépida calma.

—Señor conde, dijo, vuestra ceguedad y cólera me dan lástima... Sois como el hombre que se dirige á grandes pasos al fondo de un abismo, ciego y engañado por un grupo de árboles que oculta todavía á su vista el peligro... Abrid los ojos y no deis un paso mas en ese camino de perdición; reconoced vuestras culpas mientras que aun es tiempo, os lo suplico en nombre de vuestros antepasados, en nombre de Dios, en nombre de vuestra salvación eterna; no os obstineis en vuestros pecados y en vuestro orgullo.

El anciano conde hizo un gesto amenazador.

—Pero padre, preguntó Rodrigo á su vez levantándose, ¿quién es este ridículo predicador? No puede ser García, el fiel servidor, tan humilde y tan sumiso ante vuestra voluntad. García ha muerto hace mucho tiempo, tenemos las pruebas de ello; sin duda nos engaña la semejanza. Además ¿cómo le encuentro aquí? ¿De dónde viene? ¿Con qué derecho se atreve á levantar la voz en vuestra presencia?

El conde se echó á reír con una especie de cólera.

—Rodrigo, hijo mio, respondió, vuestro señor y padre comienza ya á incomodarse de ver que tratan de engañarle como á un simple... Imaginaos que todo esto no son mas que necedades y tonterías del capellan en un pergamino viejo, y no sé que charla de astrología y de estrellas favorables y constelaciones que han trastornado mi cabeza; en fin, brujerías de este García de que es el padre Benito cómplice para que yo pierda la razón. Yo creía bien inocentemente que este bribon había sido enviado por el cielo para sacarnos del peligro, y esto explica mi singular condescendencia hasta ahora; pero ya voy viendo claro; ha entrado aquí por un parage secreto que habrá descubierto en tiempo que habitaba el castillo, y nos ha querido aterrar con siniestras noticias que tal vez son falsas. Además, hay aquí, lo apuesto, una intriga de nuestros enemigos y una traición de nuestros servidores; pero si hasta ahora me han engañado, no ha de durar mucho tiempo.

Cogió un silbato de plata que pendía de su cuello, lo aplicó á sus labios y dió un agudo silbido. Se presentó inmediatamente un escudero.

—Llamad á dos soldados.

Salió inmediatamente el escudero.

—Por todos los santos del Paraíso, dijo doña Sol, pensad en lo que vais á hacer; ese vasallo nos ha afligido á todos;



sin embargo, yo casi me atrevo á salir fiadora de que no es un impostor.

—Y yo, exclamó el padre Benito con una firmeza que no se podía aguardar en su carácter tímido, afirmó que ha hablado como hombre honrado y buen cristiano. En cuanto á las sospechas que de mí se tienen...

—Silencio, monge, interrumpió el conde con furor, y no aumentéis esas sospechas con torpes afirmaciones...

Y vos, doña Sol, no os metáis en estos pasos, os lo suplico; ni frailes ni mugeres me han de impedir hacer lo que he resuelto.

En aquel momento entró un viejo escudero seguido de dos soldados con cota de malla y casco en la cabeza.

—Coged á ese villano, dijo el conde con dureza, y encerradlo en la torre del Norte del castillo.

Acercóse el escudero para cumplir la orden de su amo, empero apenas vió el rostro de García cuando se quedó blanco cual un sudario, y dió un paso atrás exclamando con terrible vez:

—¡García, mi pobre García! á quien yo he visto morir... Dios me ayude.

Y cayó sin movimiento con el rostro contra el suelo.

—¡Y él también! dijo el conde despechado. ¡Imbécil! se deja engañar por esa extraña semejanza. ¡Y bien! añadió dirigiéndose á los soldados, ¿qué aguardáis para ejecutar mis órdenes?

Intimidados parecían los soldados con lo que había sucedido al escudero, y no costó poco trabajo al conde para que le obedeciesen. En el mismo instante se oyeron fuera grandes gritos. Sonaron las trompetas y añafles, y se oyó gritar por todas partes: ¡al arma, al arma! el enemigo ataca las murallas!

—¡A las murallas todo el mundo, á las murallas! gritó el conde con voz de trueno. Rodrigo, acompañad á vuestra esposa á su cuarto, y despues venid á buscarme al torreón! Por vida de Santiago! que hemos de recibir bien á los enemigos.

Rodrigo se llevó consigo á su muger sin escuchar sus exclamaciones, mientras que el conde se ponía su casco y una cota de malla, y todos los demas escuderos, pages y soldados marcharon en desorden á colocarse en las almenas para rechazar el ataque. Los dos soldados, que debían de conducir á García á la torre, permanecían inmóviles no sabiendo si correr á las murallas ó cumplir la orden que habían recibido.

—¡Villanos! ¿aun estais aquí? dijo el conde con impaciencia; llevaos al prisionero, y cuidado con que se os escape.

—¡Insensato! replicó al tiempo de marchar y volviéndose hacía el conde, el halconero, dejás perder el tiempo que Dios te concede para arrepentirte....

Y al mismo tiempo siguió á los guardias sin resistencia.

El conde se lanzó fuera de la estancia, y fué á mezclarse donde sonaban las voces de guerra para rechazar el ataque del enemigo.

## X.

No duró largo tiempo la alarma. No fué mas que una de esas escaramuzas ligeras que los sitiadores empuñan muchas veces por la noche para asegurarse de la vigilancia de

los sitiados. Todo hacía presumir que no se renovaría tan pronto el ataque.

Así es que cansados de la velada y de los combates se retiraron á sus aposentos el conde de Palazuelos y su hijo, dejando encargado el mando del castillo á la experiencia de un viejo capitán aragonés, cuya vigilancia é intrepidez conocían.

En tanto doña Sol, sentada en un sitio donde estaban esculpidas las armas de la noble familia de los Palazuelos, escuchaba con atencion al monge que de pie delante de ella con la cabeza cubierta con su capucha le contaba algunas circunstancias que habían marcado la llegada del misterioso halconero.

—¿Y decís, padre, que han reconocido los escuderos al halconero García?

—Perfectamente, en términos que alguno de ellos ha estado casi á punto de caer desmayado al ver su semblante.

—¿Pensáis, dijo doña Sol al religioso, que el halconero sea un ser sobrenatural que vuelve segun las promesas de la leyenda para proteger á la familia de Palazuelos en el gran peligro en que se halla?

El religioso no se atrevió á contestar á aquella pregunta, y solo le repitió que existía en la casa de Palazuelos la creencia de que un santo patriarca de Jerusalem había concedido á su fundador don Alvaro Palazuelos el que Dios por medios milagrosos atendería á la salvacion de su casa y familia, y que él había fijado mucho la atencion en que el halconero había dicho al conde que no dejase pasar tres dias, á contar desde la hora en que se había presentado en el castillo, sin arrepentirse de sus culpas.

Resolvió doña Sol ver por sí misma al peregrino ó halconero, que se hallaba encerrado en la torre del norte del castillo, y para esto se dirigió al religioso diciéndole le acompañase. Puso éste bastante dificultad, porque conocía el carácter severo del conde; empero fueron tales los ruegos y las lágrimas que vertió doña Sol, que bien pronto venció el carácter débil y acostumbrado á la sumision del capellan; y despues de haberse enterado de que su esposo don Rodrigo se hallaba descansando, que todo se hallaba en silencio en el castillo, con un semblante mas pálido que el forro de armiño que adornaba su vestido, y ocultando en la escarcela bordada que de su cintura pendía un objeto de pequeño volumen que el capellan no pudo reconocer, entraron ambos por un complicado laberinto de pasadizos y corredores para ir á la torre del Norte. A escepcion de algunos servidores que los saludaron respetuosamente, no hallaron ni guardia ni centinelas.

El padre Benito quiso aprovecharse de aquella soledad para pedir algunas esplicaciones á doña Sol; empero esta continuó caminando con rapidez, y no respondía á las preguntas del anciano monge cual si el proyecto que tuviese en su cabeza le hubiese llenado á ella misma de terror.

Así llegaron delante de una puerta baja forrada de hierro, de aspecto lúgubre, que guardaba un hombre armado con una lanza.

A la vista de la señora de Palazuelos saludó militarmente el centinela; pero pareció intentar oponerse á su paso. Hablóle doña Sol algunas palabras al oido, y le enseñó un objeto que sacó de su escarcela. Entonces el hombre de armas se inclinó respetuosamente, y le dejó pasar apresurándose á abrir la puerta de la prision.



Era esta un calabozo abovedado, negro y húmedo, sin muebles de ninguna especie. Una tronera en forma de cruz, abierta encima de la bóveda, dejaba penetrar un poco el aire y la luz en aquella triste mansión. Cuando los ojos de doña Sol y del padre Benito se habituaron á la oscuridad, vieron entonces al halconero García, sentado en la tierra y en la actitud de la meditación.

Levantóse el prisionero, y se dirigió hacia doña Sol.

—Bien venida seais, señora, la dijo con voz penetrante, porque os aguardaba.

—¿Qué, replicó la joven, sabéis ya....?

—Sé que habeis concebido un generoso y atrevido proyecto. Por vos está á punto de perder la casa de Palazuelos. Vos debereis levantarla, aunque os cueste morir de pena por todos.

Aquella manifestacion pareció vencer la irresolucion de doña Sol.

—Pues bien, si, dijo, creo que sois un ser inconcebible; creo en vos hasta poner en vuestras manos absolutamente el destino de mi casa y el mio.

El halconero sonrió dulcemente, empero no respondió nada.

—En lo que á mí toca, dijo doña Sol, debo olvidar que he nacido aragonesa por seguir la fortuna de mi nueva familia. La derrota de mi tio, la muerte de mi padre ha roto los vínculos que me unian al suelo en que nací. Nada absolutamente me separa hoy de Castilla. Obedeceré sin pesar á los que tienen derecho á la obediencia de los condes de Palazuelos: estoy pronta á ir á implorar la clemencia de un rey irritado que sitia este castillo, y emplearé todos mis esfuerzos para apartar su cólera de las personas á quienes ama mi corazón. Como mi querido padre y mi querido esposo desdennan por orgullo y dignidad el verse salvos, yo á despecho de ellos mismos los salvaré.

—Por Dios, señora, dijo el padre Benito, ¿cuál es vuestro proyecto?

—¿No me habeis asegurado, reverendo padre, que tenéis entera confianza en el que está delante de vos? Yo quiero poner en sus manos nuestro honor y nuestra existencia, segura de que en ningunas mejor podría poner tan sagrado depósito... Halconero García, ó cualquiera que sea vuestro título y vuestro nombre, en mi poder está el daros la libertad y entregar al rey el castillo de Atienza. ¿Consentis en encargarnos del mensaje de que hablamos la noche última?

—Por Dios, señora, reflexionadlo, interrumpió el padre Benito.

García le lanzó una severa mirada.

—Dejadla hablar, dijo con un poco de desden; mejor la inspira su fé sencilla que vuestra prudencia.

Entonces doña Sol espuso rápidamente el plan que habia concebido. El capitán Lopez Aguirre, antiguo caballero aragonés que gozaba en la guarnición de una grande autoridad, estaba enteramente decidido por ella. Los hombres de armas aragoneses, encargados los mas aguerridos de guardar la vanguardia y las barreras, obedecerian ciegamente á doña Sol. Les seria fácil, pues, entregar la fortaleza en manos de los castellanos con tal que el conde y Rodrigo no viniesen á estorbarlo en un momento dado.

—Imagino, buen halconero, prosiguió ella, que teneis el poder de salir y entrar en el castillo sin que os vea nadie.

—En efecto, señora, que me lleven á la capilla del castillo, y antes de una hora estaré en presencia del rey don Juan II en la iglesia de la Santa Espina.

—No os pregunto, halconero, como obrareis ese prodigio: bástame decir que creo en él, y que me confírmome en mi esperanza... En cuanto á las condiciones para entregar el castillo, son las únicas que habeis creído posibles... Pero acordaos bien de que habeis prometido salvar la vida de mi padre y de mi esposo, añadió en voz baja, empero con mas vehemencia... Prometedme salvarlos...

—Yo no quiero engañaros, respondió tristemente García. Me esforzaré en libertar á los señores de Palazuelos de la horrenda suerte que han merecido; pero debo confesaroslo, mis proyectos son débiles y perecederos: segun todas las combinaciones humanas nadie puede saber lo que la Providencia ha decidido de los caballeros ingratos y obstinados que todavía no se han purificado por el arrepentimiento.

Doña Sol suspiró.

—Preciso es contentarme con esta respuesta, repuso, pues que al dejar, á los sucesos su marcha inevitable, no nos queda ninguna esperanza de salvar el honor y la vida de personas tan queridas.... Pero basta, lo que debemos hacer lo debemos hacer al instante. Vamos á marchar, y yo os ruego que os deis prisa.... Empero como el rey podría dudar de vuestra palabra, ved aquí el sello del conde que le mostrareis en caso de necesidad.

Al mismo tiempo le entregó el objeto que habia ocultado en la limosnera pendiente de la cintura. Era un pesado anillo de oro guarnecido de dos chatones; el uno representando las armas de Palazuelos, era el sello del conde: el otro más pequeño servia para firmar al noble caballero, que segun el uso de aquella época no sabia escribir. Aquel doble sello constituia lo que se llamaba entonces las insignias del señor de Palazuelos, y su sello puesto sobre las actas ó documentos les daba una completa autenticidad.

—Mi padre, dijo doña Sol con voz alterada, habia confiado su anillo á Rodrigo, y yo mientras el sueño de mi marido lo he cogido de sobre la mesa... Ah!, halconero, halconero! ¡cuán culpable sería si no pudiese salvar al uno y al otro!

Entraron despues en varios detalles, y convenidos en todo, la misma joven abrió la pesada puerta de la prision con un vigor febril. El centinela se hallaba siempre en su puesto apoyado sobre su lanza.

—Retiraos ya, le dijo doña Sol. Podremos ser atacados de nuevo, y es preciso que esteis descansado y dispuesto para hacer vuestro deber en las murallas.

No vaciló en obedecer el soldado. Estaba cayéndose de fatiga y de sueño: mas ¿cómo resistir á la señora del castillo que acababa de enseñarle las insignias tan conocidas del poder feudal? Se retiró sin desconfianza, y desapareció en el extremo del corredor.

Inmediatamente pusieron en marcha para llegar á la capilla, que no estaba tampoco muy distante. La menor tardanza, el encuentro de un page del conde, una puerta cerrada, un grito inconsiderado, cualquier cosa podia comprometer el éxito de la empresa. Felizmente no encontraron á nadie en el tránsito, y llegaron sin obstáculo ninguno á la capilla. Doña Sol iba á entrar cuando García la detuvo.

—Basta, señora, dijo con dulzura. Nadie debe seguirme



hasta aquí, Volveos para completar vuestro noble y atrevido proyecto. El peligro se aleja de nosotros, pero crece incesantemente para vos. Animo, y poned vuestra confianza en Dios!

Le dirigió una sonrisa llena de inefable esperanza; entró en la capilla, y cerró tras sí la puerta. Doña Sol y el capellan se pusieron á escuchar á la puerta, pero no oyeron nada.....

Pasó un momento.

La entusiasta castellana se alejó de allí para ir á comunicar á algunas gentes de armas su audaz plan; y solo el padre Benito permaneció llenó de dudas y de terrible ansiedad.

*(La continuacion en el número inmediato.)*

EL CONDE DE FABRAQUER.

## DESPORTES.

Uno de los tiempos de magnificencia y lujo para la Francia, en que progresaron todas las artes, es el reinado de Luis XIV, ese gran rey que hacia todas las cosas muy en grande, que levantaba el palacio de Versailles, que llevaba sus armas victoriosas á las naciones extranjeras, y que hacia sentar á su nieto Felipe V en el trono de las Españas. Una de sus diversiones favoritas, en las que desplegaba mas fausto eran las cacerías. Para matar un ciervo, un jabalí, mantenía el rey un verdadero ejército de cazadores que le costaba muchos millones al año. Los bosques de los alrededores de París se cuidaban y conservaban poblados de ciervos, de gamos, de lobos y de jabalíes, con el mayor esmero. Aquellos grandes bosques silenciosos y solitarios casi por las tres cuartas partes del año, se animaban repentinamente, y rebotaban de vida y de movimiento extraordinario apenas llegaba el verano. Las cacerías eran el punto donde se reunían los mas grandes señores de la Francia, donde el gran rey invitaba á los enviados de los monarcas extranjeros, y donde tal vez en medio de la plaza de alguno de los bosques de Versailles, de Meudon, de Compiègne, de Rambouillet y de Fontainebleau, se decidieron entre el estruendo de aquella magnífica cetrería los grandes intereses de la Europa.

Luis XIV, que tenía tantos historiadores de su glorioso reinado, quiso tambien tener un cronista de sus cacerías, y con aquella generosidad y munificencia que le eran propias, nombró á un pintor, á una especialidad en su género, que le acompañase en aquella diversion favorita, concediéndole una pensión y un alojamiento en el palacio del Louvre.

El cronista de las cacerías reales, el pintor por excelencia, dedicado á formar esta clase de cuadros, se habia revelado al mundo de una manera particular y providencial.

Un niño á quien sus padres habian mandado desde la villa de Champinella, en Champaña, á París, á casa de un tio suyo para seguir una carrera literaria, habia caído enfermo cuando apenas tenía doce años. Para distraerle en su convalecencia le habian dado una mala estampa, la que

dibujó en su cama. Era tal la exactitud de la copia, se descubrian en ella tales rasgos de su genio para el dibujo, que aquel accidente casual hizo que lo colocasen en casa de un pintor flamenco llamado Nicasiús, que tenía una gran reputación para pintar animales.

Aquel niño era Francisco Desportes, hijo de un labrador acomodado. En el taller de pintura de Nicasiús aprendió los rudimentos de la pintura el jóven Francisco Desportes. Hizo mas: modificó por su genio la manera atrevida, brusca y casi salvaje con la que su maestro pintaba los animales.

Muy pronto, cuando todavía se hallaba apenas instruido en la pintura Desportes, murió su maestro Nicasiús. Desportes no quiso, aunque muy niño, tener otro maestro. Tomó por guía su sola inspiración; se consagró al estudio; copió con ansia los bajos relieves de la antigüedad, y sobre todo se consagró á copiar el modelo del natural.

Se presentó en el gran mundo, no como un pintor de cacerías, en lo que debía de sobresalir, sino como un pintor de retratos. Algunos señores polacos que habia conocido en la corte, y el embajador de Francia cerca del rey Juan Sobieski, el abate Polignac, le invitaron á hacer el viage de Polonia.

Ser el pintor del rey para los cortesanos, es ser el rey de los pintores. Así es que en dos años que permaneció en la corte de Polonia hizo los retratos de los personajes mas principales. Al cabo de este tiempo tuvo el irresistible deseo de volver á París. Allí le esperaba un puesto, en el que habia de conseguir una inmortalidad; el gran rey Luis XIV, que habia visto algunos de sus cuadros de animales, le nombró el historiador de sus magníficas cacerías. Compañero inseparable del rey en todas las partidas de caza, observaba á caballo las diversas peripecias del drama. Sorprendía al vuelo la actitud de los perros, sus movimientos, sus brincos, las agonías del ciervo, todas las circunstancias de la cacería. Despues que se habia penetrado bien de la escena que debía representar, iba él mismo á la perrera, copiaba al natural los mas hermosos de la jauría, y cuando habia dispuesto un grupo de cinco ó seis en una misma hoja, lo enseñaba al rey, que á la primera ojeada los reconocia, y se complacia en señalarlos por su nombre. Estas hojas, que pintaba á tres lápices, eran otros tantos bocetos para cuadros que debía formar despues, y de que se halla enriquecido el museo de Francia.

Pintaba los diversos accidentes de la caza con la mayor exactitud. En el Louvre se ve el perro en espera delante de las perdices; el perro en espera delante de los faisanes; y se echa de ver bien que Desportes era tambien un gran cazador. No solo en Francia hizo magníficos cuadros de animales, en lo que era la primera especialidad de su siglo, sino que fué á Inglaterra con el duque de Aumont, embajador de Luis XIV, dejando en aquel país una multitud de agradables composiciones, entre otras las *Estaciones*, y un nombre que recorrió bien pronto con celebridad toda la Europa. Por todas partes se veían sus pinturas en Londres, en Polonia, en Munich, en Viena, en Turin y hasta en San Petersburgo.

Sorprendente parecerá esta fecundidad á no tener presente que Desportes vivió ochenta y dos años, y trabajó hasta su mas extrema vejez con un ardor propio de un jóven.



Este pintor era un hombre de un carácter excelente. Casado á la edad de treinta años, fué toda su vida irreprochable en su conducta. Su fisonomía es la de un hombre distinguido y bueno; y se advierte cierta nobleza en sus facciones. Era altivo, y no podía sufrir la insolencia de los tontos. A un ricacho que se alababa exageradamente de sus riquezas le respondió un día: caballero, yo seré cuando quiera lo que sois, y vos no podreis ser jamás lo que yo soy.

Hoy los cuadros de Desportes son como esos lienzos sin

marco, como esas pinturas que se hallan fuera de su sitio en el punto en que menos espera uno verlas. ¿Cómo comprender, en efecto, esas grandes cacerías reales, cuando ahora puede decirse que apenas hay reyes ni caza? Para comprender la importancia de esos cuadros es preciso trasportarse á la época de esos monárquicos placeres en donde en Francia, en España, y en otras naciones la caza era una de las principales diversiones de los reyes, y el destino de montero mayor era una de las principales dignidades del Estado. En vano esas cacerías de que hoy nos hablan los



Desportes.

periódicos en los bosques de Compiègne, de Fontainebleau por el emperador Napoleón III, son una pálida é imperceptible copia de las cacerías del tiempo de Luis XIV, de las cacerías, que en nuestra misma España hemos oído contar á algunos ancianos que se verificaban en los tiempos de Carlos III y de Carlos IV. Mas de una vez hallándonos en el real sitio de San Lorenzo hemos oído la tradición de las cacerías de estos monarcas españoles que llevaron su afición á la caza hasta el extremo de verificar partidas de éstas en los montes de Balsain y de Segovia con piezas de artillería. En aquellos tiempos en que dormía la

política, las cacerías reales eran un acontecimiento de que se ocupaba por largos días la nación entera, y que formaban el asunto de todas las conversaciones.

Hoy pasarían desapercibidos, si es que fueran posibles, tan costosos entretenimientos de los reyes. Las elecciones, las discusiones de las cámaras, y las peripecias políticas que á ellas son consiguientes no dejan apenas tiempo para pensar en estas cosas.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.





lit. de J. J. Martinez

LA FAMILIA DE PESARO.  
(Copia del cuadro de Ticiano.)